

MANUAL
PARA **VIVIR** EN
LA **ERA** DE LA
INCERTIDUMBRE

ANTONIO
GARRIGUES
WALKER

Con la colaboración de

ANTONIO GARCÍA MALDONADO

DEUSTO

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Preámbulo

A modo de justificación

PRIMERA PARTE. El malestar global

1. ¿Cómo hemos llegado hasta aquí? El final de la Guerra Fría
2. El cambio tecnológico
3. La globalización
4. Una revolución mediática

SEGUNDA PARTE. Manifestaciones del malestar

5. Brexit, Trump y el auge del populismo
6. La crisis de los partidos y la democracia global
7. Auge de China y repliegue nacionalista
8. El avispero árabe-musulmán
9. Desigualdades y migraciones

TERCERA PARTE. Razones para no decaer

10. Hacia la madurez digital
11. Crisis de la democracia
12. El ascenso de China
13. La desigualdad económica
14. El cambio climático como reto global
15. Una sociedad civil global

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

**¡Regístrate y accede a conte-
nidos exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

El teórico Antonio Gramsci definió las etapas de crisis como aquellas en las que “lo viejo no acaba de morir y lo nuevo no puede nacer”. Hemos superado ya esa fase de estancamiento y se dibuja ahora ante nosotros un mundo nuevo. Aún es un perfil brumoso e incierto, y condicionado por la digestión pesada de una crisis económica primero y político-institucional después que elevaron los niveles de desconfianza hasta cotas de verdadero riesgo. La desafección ciudadana y el auge de los distintos populismos no son ajenos a estos fenómenos.

No obstante, se atisban ya algunos rasgos que están generando una inquietud con consecuencias sociales ya presentes. Las disrupciones tecnológicas, los avances científicos, la digitalización de la economía, así como la globalización y el auge asiático están transformando a una velocidad exponencial un mundo que creíamos sólido y estable en otro más frágil y dinámico. Esta aceleración del tiempo histórico está produciendo fenómenos aparentemente paradójicos como el planteamiento de un futuro dominado por la inteligencia artificial y el progreso generalizado con un retorno del nacionalismo y el proteccionismo.

En este libro, el jurista Antonio Garrigues Walker aprovecha su experiencia y su privilegiada atalaya para bosquejar la imagen general de un mundo que ahora se presenta inasible. Un ensayo autobiográfico que trata de ordenar el caos en el que tenemos la

sensación de vivir y que analiza con agudeza los porqués de la incertidumbre. Lejos del fatalismo habitual, Garrigues Walker muestra en este libro una visión alejada del cortoplacismo alarmista y nos pone ante un diagnóstico del presente y ante la previsión de un futuro probable que seguirá en nuestras manos. Lejos de utopías y distopías, el optimismo escéptico de Garrigues Walker disecciona los temas esenciales que conforman una era de incertidumbre que este libro ayudará a clarificar.

Manual para vivir en la era de la in- certidumbre

ANTONIO GARRIGUES WALKER

Con la colaboración
de Antonio García Maldonado



EDICIONES DEUSTO

Preámbulo

La historia de este libro es la siguiente: hace cosa de un año me llamó mi buen amigo Roger Domingo, director editorial de Ediciones Deusto (Grupo Planeta), para animarme a escribir un libro en el que plasmara mis ideas y reflexiones sobre la situación actual. Asimismo, me puso en contacto, para que me ayudara, con una persona —Antonio García Maldonado—, que me visitó en mi despacho. Juntos empezamos a diseñar las grandes líneas del libro. Le entregué libros, textos de conferencias y otros materiales que he ido publicando a lo largo del tiempo y quedamos en que, a partir de ellos y tomándolos como base, él redactaría un primer borrador de trabajo. Al cabo de unos meses recibí el texto y ya entonces me quedé impresionado con su capacidad para reflejar mis ideas y su forma de concretarlas, aportando muchos más datos y también una riqueza conceptual sorprendente. Lo leí con admiración y le hablé de una serie de temas que quería añadir y, en concreto, sobre la resiliencia del ser humano. Al poco tiempo tenía el texto revisado sobre el que yo he aportado varios cambios y adiciones. Ésa es la realidad y quiero dejar la debida constancia.

ANTONIO GARRIGUES WALKER

SEPTIEMBRE DE 2018

A modo de justificación

Que vivimos tiempos de incertidumbre no parece requerir muchas explicaciones. El mundo está cambiando a una velocidad que somos incapaces de asumir, y como sociedad tenemos la sensación creciente de vivir en el desorden. Los viejos esquemas mueren o resultan insuficientes para comprender y gestionar la realidad, mientras los nuevos nos parecen aún lejanos o incluso indeseables.

No me refiero sólo al declive de las viejas certezas socioeconómicas y políticas que representaba el diseño mundial de la posguerra, con la ONU en el vértice. También, y sobre todo, a la incomodidad que generan los nuevos vaticinios relacionados con la revolución industrial en la que estamos inmersos, y que, simplificando, denominamos revolución digital. Pérdidas de futuros empleos, rivalidad entre inteligencia humana e inteligencia artificial, control social a través del *Big Data*, nuevas guerras espaciales y ciberespaciales...

Es una huella antropológica tener miedo a lo desconocido. Los cambios se están produciendo a tal velocidad que todo el panorama que se presenta ante nosotros parece un inmenso agujero negro que se ha tragado nuestras certezas. Como si entráramos en él sin brújula ni linterna.

El presentismo de las redes sociales, el descontrol infor-

mativo propiciado por el *click bait*, que prima la captación obsesiva de audiencia sin importar el contenido, más la resaca de la crisis financiera global han dejado una sensación de fin de época. Una transición que, como nos enseña la historia, es propicia a la creación de monstruos que rellenan ese vacío con palabras vacuas pero efectivas. He ahí el populismo, de derechas y de izquierdas, que ha encontrado en las redes y la posverdad una herramienta eficaz para propagar sus falsos remedios.

Pero hemos de preguntarnos por qué ha calado tan fácilmente el mensaje populista en una sociedad occidental con un pasado ilustrado y de construcción liberal-democrática que ha costado tantos siglos y esfuerzos conseguir. El populismo es el síntoma de una patología de las propias democracias liberales, que han fallado a la hora de cumplir las propias expectativas que nuestro sistema generó. Existe una brecha generacional peligrosa y una sensación extendida de resignación respecto al declive socioeconómico de los años por venir.

El auge de China, que se presenta en términos de realidad inalterable, también ayuda a esta sensación de final de algo. En algún momento, es como si hubiéramos renunciado a tres puntos esenciales en nuestra construcción personal y política: a nuestra historia, a nuestro acervo cultural ilustrado y a nuestra confianza para dar forma a la realidad que viene. Ya no seríamos sus diseñadores, sino sólo sus habitantes, esperando a ver qué nos toca en suerte. En este sentido, aunque se habla más —y con justicia— de un desmesurado e insostenible aumento de la desigualdad, la era de la incertidumbre es también un tiempo de pérdida de libertad. Si no en el sentido legal, sí en el psicológico y emocional.

Y a la revolución digital, a la resaca de la crisis y al auge asiático, se une el cambio climático, que a su vez afecta a

todos los anteriores. No es un matiz menor, porque lo que nos dice este hecho geofísico es que tampoco podemos volver a las certezas del pasado. Es ese sistema industrial el que nos ha llevado hasta aquí. Por eso la nostalgia no es una opción. No podemos volver a la economía del carbón ni a la de otros combustibles fósiles como el petróleo. Paradójicamente, la era más presentista nos obliga a pensar como ninguna otra en el largo plazo. Una dificultad añadida.

Siendo éste el panorama, no es de extrañar esa sensación de provisionalidad y angustia. Aquellos que creemos en la democracia liberal y defendemos las reformas frente a la reacción política o al entusiasmo deshumanizado de determinados sectores de la empresa científico-técnica, debemos, antes que nada, empatizar con la sociedad. Comprender que su malestar no es fruto del capricho. Muchos análisis contrarios al populismo han adolecido de falta de sensibilidad y pedagogía, y han hecho más mal que bien para recuperar la autoestima social.

Este libro trata de aclarar un poco la niebla que no nos permite ver con perspectiva. Los cambios son de vértigo, dejan daños colaterales y producen angustia incluso en aquellos que más se benefician de ellos. Pero también hay una cara positiva, no sólo si acudimos a los fríos datos históricos para buscar consuelo en una secuencia histórica de progreso innegable. Ya lo han hecho muy bien autores como el psicólogo canadiense Steven Pinker o el ensayista sueco Johan Norberg. Nunca hemos vivido tan bien como ahora, el progreso tiene altibajos y, por resumir, hemos pasado uno de esos baches.

Sin duda es así, pero este análisis necesita completarse, e incluso matizarse. El ser humano, los ciudadanos, piensan en términos de supervivencia, no en términos históricos, mucho menos geológicos. Los datos ayudan a poner en perspectiva, pero no estamos sólo ante un problema racio-

nal, de falta de información. Es, justamente, lo contrario. Hay un exceso de la misma en un entorno psicosocial que tiende a primar lo emocional. Éste es un hecho que la democracia liberal subestimó y que sus enemigos están sabiendo aprovechar con acierto.

Es paradigmático de la disociación entre hechos concretos y el malestar general que la salida oficial de la crisis en Occidente sea pareja a la persistencia de los populismos y los nacionalismos. Hasta ahora, a un cuadro macroeconómico recuperado le seguía una recuperación similar de los humores sociales. Ya no es así, y esto es particularmente llamativo. Las crisis de sistema y los cambios político-institucionales han solido producirse en etapas económicas de crisis profundas, no en lo alto del ciclo. Por tanto, estamos ante un problema estructural. Aquellos que tenían esperanzas en que con la vuelta del crecimiento volvería también la estabilidad social, pueden desengañarse. Debemos partir de la premisa de que estamos ante cambios de fondo y ante un malestar multicausal y, en gran medida, justificado.

Y escribo «en gran medida» porque es aquí donde encuentran justificación las páginas que siguen. Podemos hacer algo por revertirlo sin necesidad de estar contra el sistema. No es que haya malestares injustificados. Ya hemos hablado del error de pensarlo así si queremos remediarlos. Me refiero, en cambio, a algo más complejo y que apela directamente al corazón de una democracia liberal sana. En las últimas décadas, hemos alejado de la conversación pública —y de nuestros sistemas educativos— conceptos que una pésima interpretación economicista de la realidad consideraba añejos: los valores, la historia, la cultura, la moral, todo aquello que da sensación de pertenencia a través de un *continuum* histórico que ahora tanta gente es incapaz de reconocer. Aquello que nos provee de herramientas para manejarnos en un mundo desordenado, como ocurre